

La historia hoy: ¿Memoria o pasado silenciado?*

Mauricio Archila Neira

La historia es la vida de la memoria (vita memoriae)

Cicerón¹

Resumen. La necesaria pero compleja relación entre memoria e historia sirve como telón de fondo para reflexionar sobre la situación actual de la disciplina en el país, signada por los intentos de distintos poderes por “silenciar el pasado”. Los más notorios intentos son el presentismo que permea a nuestra sociedad y el radical cuestionamiento a la posibilidad de conocer el pasado en aras de desechar el objetivismo. El ensayo concluye con un llamado a renovar el papel del historiador, oficio necesario en toda sociedad humana, pero más en la nuestra que arriesga continuamente a hacer “borrón y cuenta nueva”.

Palabras clave: historia, memoria, historiografía, oficio del historiador.

Esta simple sentencia de uno de los pensadores de la antigüedad clásica, que reproduce lo que convencionalmente se ha entendido sobre las relaciones entre historia y memoria, es más problemática de lo

que aparece. Ante todo, la memoria es el mecanismo que usamos los seres humanos para traer al presente los sucesos pasados que han sido significativos individual y colectivamente. Ella, sin embargo, no es algo

* Lección inaugural del Doctorado en Historia en la Universidad Nacional, Sede Medellín, dictada el 27 de agosto de 2003.

1. Citado por Peter Burke, *Varieties of Cultural History*, Ithaca, Cornell University, 1997, p. 43 (existe versión en español).

inmutable y objetivo, por lo que se puede decir que está en permanente construcción. La gente recuerda individualmente, señala Peter Burke, pero son los grupos sociales los que determinan lo que es memorable colectivamente.² Los historiadores no son los únicos que alimentan la memoria, gran papel cabe a los medios masivos de comunicación y a los poderes dominantes. Además ella siempre es selectiva, resalta unos hechos mientras oculta otros y, en cualquier caso, procesa el pasado en forma tal que nunca lo entrega tal como ocurrió. Está también la cuestión del olvido, materia que interesa a los historiadores tanto como el recuerdo.

Llegamos así al tema que nos interesa destacar en esta conferencia inaugural: la relación entre la tríada pasado-memoria-historia con los poderes de la sociedad presente.³ Por ello, en la pregunta sobre el estado de la disciplina hoy en Colombia no contraponemos memoria a olvido —asunto que deriva en rumbos psicoanalíticos que escapan de los límites de esta presentación—,

2. *Ibid.*, p. 44.

3. El historiador norteamericano David Lowenthal señala: “La primera función de la memoria [...] no es preservar el pasado sino adaptarlo para enriquecer y manipular el presente”, *The Past is a Foreign Country*, Cambridge, Cambridge University, 1985, p. 210. Algo similar opina Burke a propósito de la censura histórica, *Varieties...*, *Op. cit.*, pp. 56-59.

sino a pasado silenciado. Por donde se mire, desde el pensamiento moderno o posmoderno, el asunto del poder en la historia es inevitable. Ya Eric Hobsbawm ha denunciado brillantemente el uso y abuso del pasado para legitimar los poderes del presente. A propósito de la amenaza que esta práctica pone sobre la disciplina, no se cansa de repetir: “[...] la historia es la materia prima de las ideologías nacionalistas o fundamentalistas [...] El pasado es un elemento esencial, quizás el elemento esencial de estas ideologías. Si no existe un pasado adecuado, siempre se puede inventar”.⁴ De ahí su permanente llamado a criticar las manipulaciones de la historia, de las que nadie está exento. No es tanto que los historiadores busquen siempre una burda legitimación del presente, sino que es difícil distinguir entre los acontecimientos del ayer —la historia como *res gestae*— y los conocimientos que hoy producimos sobre lo que ocurrió —historia *rerum gestarum*—. No sólo la reconstrucción del pasado se elabora desde sucesivos presentes, sino que los actores históricos siempre son narradores de sus acontecimientos y, a la vez, los narradores o historiadores suelen ser actores de su momento.⁵

4. Eric Hobsbawm, “La historia de nuevo amenazada”, en: *El Viejo Topo*, febrero de 1994, p. 77.

5. Michel-Rolph Trouillot, *Silencing the Past*, Boston, Beacon Press, 1995, p. 22.

Estos dilemas nos llevan de nuevo a la frase inicial de Cicerón: la memoria, en cuanto conciencia de algo que pasó, marca la diferencia que los seres humanos hacemos entre el pasado y el presente. Así lo han formulado los historiadores desde la antigüedad clásica, aunque sea más evidente a partir del siglo XVIII. A este recorrido le dedicaremos la primera sección de esta presentación. En seguida abordaremos someramente la situación de la disciplina en la Colombia de hoy. Por último destacaremos los riesgos principales de lo que llamamos los intentos de “silenciar el pasado”, para concluir con un llamado a renovar el oficio del historiador, tan necesario en toda sociedad, pero en especial en la nuestra, que se arriesga continuamente a hacer “borrón y cuenta nueva”.

1. Memoria e historia

Los seres humanos pueden diferenciar pasado de presente, pero no siempre han sido conscientes de ese acto fundamental. Tal vez esa era la intención de los artistas rupestres cuando dibujaban escenas cotidianas en las paredes de sus refugios. Con el tiempo los recuerdos, transmitidos principalmente por medios orales, se plasmaron en jeroglíficos e ideogramas y luego en la escritura. Lenguaje y recuerdo están atados desde tiempos anti-

guos, aunque también concurrían otros medios de memoria como la arquitectura, los monumentos y las artes en general. Por lo común la función de memorizar era la de elaborar una representación mítica del pasado en la que la religión jugó un papel legitimador. Así, por ejemplo, la Biblia recoge la tradición de un pueblo monoteísta, formado por unos esclavos huidos de Egipto hacia el siglo XII antes de Cristo. Los primeros libros (Reyes y Crónicas) se escriben cuatro o cinco siglos después de dicho acontecimiento fundador y reflejan la cotidianidad de ese pueblo.⁶ Otros libros escritos posteriormente como el Levítico, los Números y el Deuteronomio, establecen la armazón jurídica de esa comunidad. A su vez el Génesis y el Éxodo, también redactados tiempo después, buscan legitimar la existencia de dicho pueblo al imaginar sus orígenes.⁷ En la búsqueda de raíces se apoyaron en mitos que circulaban por el Oriente medio como el famoso Enuma Elish de los sumerios. Allí se habla de una fuerza divina que ordena el caos creado por las aguas desbordadas, se-

6. Para esta sección nos apoyamos en los apuntes de clase del padre Gustavo Baena en la Universidad Javeriana, en el año de 1972.

7. Esos cinco libros, que conforman el Pentateuco, se colocan al inicio de la Biblia no porque sean los más antiguos, sino porque son fundamentales para la existencia del pueblo judío.

guramente como ocurría con el Tigris y el Éufrates de la época. Pero hay otras interpretaciones de la creación que se incorporan en el Génesis, lo que muestra la riqueza narrativa del texto y en general de la Biblia.

Me he detenido en el análisis de la Biblia no sólo porque sea el libro más leído de Occidente, sino porque encierra una enseñanza historiográfica de reconstrucción —intencionada como todas— de la memoria. Sobre un hecho original —el éxodo de Egipto— se hace una invención del pasado. Además, lejos de ser un libro uniforme y continuo, fue escrito en sucesivos presentes y por muchas manos. La historia de un pueblo, procesada por sacerdotes y gobernantes, se plasma allí en forma mítica.

Serán los griegos quienes den el paso de la crítica al mito religioso y pongan las bases del pensamiento científico. Y allí están los padres de la historia, como Tucídides y Heródoto, quienes se proponían “investigar” los hechos como ocurrieron, así no hubieran estado presentes en ellos.⁸ Se traza por primera vez la diferencia entre acontecimiento y conocimiento, entre hechos e investigación. Comienza a aflorar la idea de reconstruir fidedignamente el

pasado con base en una memoria sometida a escrutinio crítico. Posteriormente el cristianismo formulará, en cabeza de San Agustín, el problema del sentido de la historia, aunque en una forma providencialista en la que el verdadero actor no era la humanidad sino Dios. Fue también él quien planteó claramente la existencia de una historia con pretensiones universales, aunque evidentemente centrada en lo que ocurría en Occidente. Surgen así las dos vertientes que alimentarán a la disciplina en el futuro: la crónica y la filosofía de la historia. Bien se sabe que durante la Edad Media convivían en tensión dos tradiciones: la filosófica, agenciada por la Iglesia, y la épica, recreada por los caballeros. La lucha entre las dos espadas, la religiosa y la civil, o entre la ciudad divina y la terrenal, se reflejaba también en el oficio del historiador. Como en otra oportunidad lo expresé, era un momento en que los historiadores, como los alquimistas, integraban arte y ciencia, narración y especulación.⁹ Pero todavía pasado y presente se confundían en el cuerpo común de la historia entendida como devenir de la humanidad.

Con la Ilustración se da el paso fundamental de secularizar la histo-

8. Puntos abordados por Julio Aróstegui, *La investigación histórica: teoría y método*, Barcelona, Crítica, 2001, pp. 20-23.

9. “El historiador ¿o la alquimia del pasado?”, en: *Pensar el pasado*, Carlos Miguel Ortiz y Bernardo Tovar (editores), Bogotá, Archivo General de la Nación-Universidad Nacional, 1997.

ria y hacer consciente que la memoria es el punto de inflexión entre lo ocurrido ayer y lo que sucede hoy. Esto marca una nueva percepción del cambio histórico. Así lo expresó Diderot: “Nosotros somos nosotros mismos, siempre nosotros, pero no por un minuto los mismos”.¹⁰

El acontecimiento de la Revolución Francesa no sólo significará el advenimiento de la sociedad moderna, sino que marcará el derrotero temático de la nueva disciplina: la construcción del Estado nación. La memoria del pasado será reinterpretada a partir de ese acontecimiento y de la búsqueda política que de él se deriva. La nueva era Moderna también exigía la ruptura con una épica que pecaba de ingenuidad narrativa y con una filosofía de la historia que respiraba especulación providencialista. Esa fue la tarea que emprendió la escuela alemana en el siglo XIX liderada por Leopoldo Von Ranke, a quien erradamente se le atribuye la expresión de “mostrar lo que realmente ocurrió” cuando en realidad postuló “mostrar lo que esencialmente fue”.¹¹ También él sentó las bases

de la disciplina al insistir en que el pasado no podía ser juzgado desde el presente sino en su propio horizonte comprensivo, y al proponer los métodos de crítica a las fuentes apoyados en la filología, disciplina de la que provenía.¹²

Por tanto, el modelo de ciencia en el que nace la historia es el positivismo, que postula la correspondencia entre acontecimiento y conocimiento, entre hechos y narración.¹³ Así la pretensión de objetivismo entró de lleno en la disciplina. En su afán de deslindar campos con la filosofía de la historia, la escuela alemana adoptó una rigidez empírica que puso bajo sospecha toda interpretación teórica del pasado. A su vez intentaba superar la inmediatez de la crónica proponiendo una causalidad entroncada con la construcción del Estado nación. Los temas privilegiados por la flamante disciplina eran los de una historia política vista desde arriba. Simultáneamente la disciplina se abrió paso en el concierto de las nacientes ciencias sociales al enfatizar su supuesto carácter ideográfico en contraste con las disciplinas nomotéticas como la sociología y la economía. A otras, como la geografía, les asig-

10. Citado por Lowenthal, *The Past is a Foreign Country*, Op. cit., p. 199.

11. Aclaración hecha por Richard J. Evans, *In Defense of History*, Nueva York, Norton, 2000, p. 14. Se supera así la acusación de burdo positivismo que se le ha endilgado, pues su propuesta implica interpretación y no mero calco de los hechos pasados.

12. *Ibid.*, p. 15.

13. Estos aspectos fueron analizados en mi ensayo “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad? Notas sobre la (nueva) historia cultural”, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (26), Bogotá, 1999.

nó el secundario papel de “auxiliar” de la historia.¹⁴

Contra este modelo positivista y aislacionista de la historia se levantaron los fundadores de la revista *Annales* en 1929, Lucien Febvre y Marc Bloch. La referencia a una historia económica y social indica los nuevos rumbos propuestos para la investigación, así como una intención de acercarse a otras ciencias sociales. En esta tarea encontrarían apoyo en los intelectuales marxistas de la segunda posguerra. Surge así la propuesta de una Nueva Historia que intentaba trascender la reconstrucción del pasado centrada en los eventos aislados para formular una interpretación desde problemas en los que las continuidades pesan tanto como las rupturas. La disciplina adopta métodos y conceptos de las ciencias sociales y, para salirle al paso a su desaparición, enfatiza su carácter de síntesis proponiendo la tarea de una historia total. De esta forma desecha la versión tradicional de una política de elites, para abrirse al mundo social e incorporar más voces en la reconstrucción del pasado. Aunque con menos ingenuidad que su antecesora, la Nueva Historia todavía comparte la pretensión de conocimiento objetivo y la idea de progreso. En los años sesenta y setenta del siglo xx la historia social pasó de ser la “cenicien-

ta” a convertirse en la “princesa”, en el decir de Julián Casanova.¹⁵

Sin embargo, a partir de los años ochenta las cosas comienzan a cambiar por distintos factores. La caída del socialismo real arrastra consigo no sólo al marxismo sino a los llamados metarrelatos. Se sospecha de toda teoría que postule alguna causalidad histórica y peor si ésta es económica. La dimensión cultural irrumpe como el eje de la reconstrucción del pasado. El modelo eurocéntrico de ciencia y su correlato, la idea occidental de progreso, son puestos en entredicho. Se habla del “fin de la historia” en tanto sentido teleológico de la humanidad, aunque no falta quien elabore un nuevo canto al liberalismo en aras de dicho fin.¹⁶ Los procesos de globalización creciente arrojan nuevos actores en el escenario mundial que exigen relecturas de su papel histórico.

Esos dramáticos cambios requieren nuevos modelos teóricos que de alguna forma se plasman en el llamado posmodernismo.¹⁷ En cuan-

15. *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991.

16. Nos referimos a la diferencia entre el relato liberal de Francis Fukuyama y la llamada poshistoria, como señalamos en el mencionado artículo “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad?”, *Op. cit.*, pp. 266-268.

17. Para Perry Anderson, quien se apoya en Frederic Jameson, el posmodernismo es el pensamiento del capitalismo tardío, Perry Anderson, *Los orígenes de la posmodernidad*, Barcelona, Anagrama, 2000.

14. Immanuel Wallerstein, *Abrir las ciencias sociales*, Madrid, Siglo xxi, 1996.

to a la historia, el “giro lingüístico” no es solamente un cuestionamiento temático o teórico, es principalmente epistemológico. Apunta a los fundamentos mismos de la disciplina al interrogarse sobre las posibilidades de conocer el pasado. Si de éste sólo quedan representaciones, imágenes, textos o discursos, el oficio del historiador deja de ser referido a los hechos para convertirse en una reflexión sobre el lenguaje o, cuando más, a una forma diferente de ficción. En algunos casos incluso interesa estudiar más la comunidad de historiadores que la reconstrucción de lo ocurrido. La distinción que con tanto esfuerzo se había labrado entre el ayer y el hoy vuelve a quedar en entredicho, como vamos a ver más adelante.

Estos cuestionamientos han llegado a Colombia con cierto rezago y sin que ocupen al grueso de los profesionales de la historia. Pero aquí implican nuevos retos de los que nos ocuparemos a continuación.

2. Necesidad de explicar el presente

En un encuentro de directores de unidades académicas y de programas curriculares de historia llevado a cabo aquí en Medellín en octubre de 2000, convocado por los colegas de la Universidad de Antioquia,

constatábamos entre sorprendidos y entusiasmados algunos indicios de lo que podría ser un “boom” de la profesión. A los datos ya conocidos que muestran a la disciplina como la rama de las ciencias sociales que más oficializa investigaciones y con mayor índice de publicaciones, se les agregaron informes sobre el aumento de cupos en nuestras carreras y la masiva asistencia a los eventos que convocamos. Claro que inmediatamente balanceamos el optimismo al advertir que muchas investigaciones siguen siendo artesanales y sin suficiente financiación; que hay montones de informes finales y manuscritos sin publicar, especialmente monografías de pregrado y tesis de posgrado; que los indicadores de admisión y de permanencia en nuestras carreras siguen por debajo de otras disciplinas sociales; y, más preocupante aún, que muchos de nuestros egresados no logran conseguir posiciones laborales acordes con los conocimientos adquiridos y los costos invertidos. Con todo, llamaba la atención el relativo “boom” de la profesión, que es muy temprano calificar de coyuntural o duradero.

La explicación de dicho fenómeno trasciende el publicitado “cambio de milenio”, aunque no dejan de ser significativas las aparentes similitudes entre la transición del siglo XIX al XX y la de éste al XXI. Resulta más que curioso que en ambas co-

yunturas afrontemos una guerra, menos abierta y unificada la de ahora que la de los mil días, y que tengamos la amenaza militar de la potencia del norte en el manejo de nuestros destinos, ayer en Panamá hoy en las zonas de cultivos ilícitos. O en forma menos episódica, se puede trazar un parangón entre la crisis de productos extractivos como el tabaco o la quina y el inicio de la caficultura a fines del *xix*, con la crisis de ésta y el crecimiento de cultivos de exportación, legales e ilegales, a comienzos del *siglo xxi*. En cualquier caso parecemos seguir condenados a ser un país productor de materias extractivas para comprar las procesadas.

Es obvio —y más para un público de historiadores— que en un siglo han ocurrido en Colombia profundas transformaciones. Sobre ellas no me voy a extender, pero baste señalar los cambios demográficos —de un país rural se pasó a uno urbano—, económicos —el surgimiento de la industria así sea de bienes de consumo no durables—, secularización creciente de la cultura e importantes cambios científicos, para no hablar de la irrupción de nuevos sectores sociales que demandan incorporación ciudadana. En contraste con esos cambios, la distribución del ingreso no ha mejorado, siguen brillando por su ausencia reformas de fondo en el campo y la ciudad, y la violencia política se ha degradado hasta

el punto de producir una dramática crisis humanitaria, única en el continente.

Es precisamente la dificultad de entender esos contrastes del presente lo que puede motivar a muchos jóvenes a buscar su explicación en el pasado. Esto marca también las preguntas que hoy nos formulamos y por ello no extraña que resalten investigaciones históricas sobre la violencia, las guerras y la paz; la construcción de nación y la participación ciudadana; el papel de nuevos actores como las mujeres y las minorías étnicas; los avatares de los modelos económicos; la trayectoria de las ciencias, incluida la enseñanza de la historia, la religión, las artes y de la cultura en general.

Es cierto que se han modificado los enfoques y las temáticas, pues hay menos peso de la pesquisa económica y mayor preocupación por la cultural. Se percibe también un relativo sobrepeso de temas contemporáneos en detrimento de aquellos del *siglo xix* y de la colonia, para no hablar de los siempre descuidados sobre los tiempos precolombinos o sobre las áreas latinoamericana y mundial.

En cuanto a la valoración de estas tendencias contrastan los balances realizados a comienzos de los noventa con los más recientes. Germán Colmenares, poco antes de su muerte, hablaba con optimismo de una maduración de la profesión des-

de los años sesenta e incluso sugería que “ha adaptado con éxito a nuestras propias circunstancias, paradigmas europeos y anglosajones de investigación”.¹⁸ Más complejo fue el balance historiográfico que realizó un grupo de profesores de la Universidad Nacional, sede Bogotá, a comienzos de los noventa.¹⁹ A pesar de la desigualdad de enfoques coincidíamos en una ponderación positiva de la producción histórica, aunque señalábamos cierta banalización del pasado, la incorporación acrítica de modas teóricas producidas en los países centrales, el provincialismo de la investigación histórica y el riesgo de la fragmentación de la disciplina. Jesús Antonio Bejarano fue más pesimista ante los rumbos que estaba tomando la disciplina en los últimos tiempos.²⁰ Su perplejidad radicaba en que, a su juicio, estábamos abandonando las teorías explicativas para abrazar modas posmodernas, en las que incluía indiscriminadamente estudios sobre las mentalidades, con lecturas pos-

estructurales y otras propias del giro lingüístico como tal. Además del molesto tono paternalista de ese ensayo, que ya criticamos en su momento, no parece justo generalizar una pérdida de orientación en la disciplina.²¹ Los trabajos que han tenido más repercusión en ella en los últimos tiempos no son propiamente los que indagan sobre la distribución de los muebles en la sala de las casas del siglo XIX o los menús de la cocina colonial criolla. La reflexión de Bejarano fue importante, en especial en el campo que manejaba con propiedad —la historia económica—, pero la receta que nos ofrecía ignoraba la riqueza del desafío posmoderno y parecía ser más de lo mismo.

El tono pesimista y paternal es más sorprendente en Jorge Orlando Melo por ser un historiador más cercano a los avatares de la disciplina. Llama la atención la siguiente frase, extraída de las conclusiones de su balance bibliográfico sobre la producción histórica en los años noventa:

Aunque se siguen escribiendo muy buenos libros de historia, son obra de autores con una larga carrera académica. Los historiadores más jóvenes, con pocas excepciones, parecen

18. Germán Colmenares, “Perspectiva y prospectiva de la historia en Colombia”, en: Varios, *Ciencias sociales en Colombia, 1991*, Bogotá, Colciencias, 1992, p. 256.

19. Bernardo Tovar (compilador), *Historia al final del milenio*, Bogotá, Universidad Nacional, 1994.

20. Jesús Antonio Bejarano, “Guía para perplejos: una mirada a la historiografía colombiana”, en: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* (24), Bogotá, 1997, pp. 283-329.

21. Véase el citado ensayo “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad?”, que intentó ser una respuesta al ensayo de Bejarano, sin que él la pudiera conocer por haber sido asesinado en 1999.

estarse dejando llevar por las voces atractivas de teorías que harían cada vez más irrelevante a la historia y alejarían el análisis de la búsqueda de interpretaciones amplias sobre problemas centrales de la formación del país.²²

Sin duda Melo señala riesgos centrales en la disciplina, consistentes en la pérdida de relevancia de ciertos temas investigativos y en el descuido por los problemas centrales de nuestro pasado. Si dejamos de lado el incómodo juicio sobre lo que es bueno o malo en historia, subsiste el problema de un equivocado diagnóstico generacional. No son sólo los jóvenes, ni son todos ellos, quienes se dejan atraer por los cantos de sirena del posmodernismo, del que Melo no precisa su contenido y por tanto su real amenaza a la profesión. Además no se puede igualar el giro lingüístico a la banalización temática, y menos descalificarlo como una simple moda. A nosotros también nos preocupa el posmodernismo, no tanto porque ejerza atracción sobre los jóvenes que se están formando —cosa discutible—, sino por las consecuencias teóricas y epistemológicas que tiene sobre la disciplina, punto que esbozaremos en la siguiente sección.

22. Jorge Orlando Melo, "De la nueva historia a la historia fragmentada", en: *Boletín Cultural y Bibliográfico*, xxxvi, (50-51), Bogotá, 1999, p. 184.

Por ahora baste decir que, a nuestro juicio, el peligro de la atracción de los cantos de sirena para los historiadores radica en los usos y abusos del pasado, y, en últimas, en la relación de la disciplina con los poderes del presente. No voy a abundar en la crítica de los viejos historiadores, por lo común varones ilustres que en sus años de retiro escribían monumentales obras de exaltación de las élites a las que pertenecían. Tampoco me explayaré en los llamados "revisionistas", que proponían renovadas historias partidistas desde nuevas épicas populares.²³ Más bien me pregunto por el legado crítico de la "nueva historia" colombiana. ¿Qué ha pasado con ella, además de envejecerse, como dijo socarronamente en alguna ocasión Miguel Urrutia? No es mi propósito realizar hoy este balance sin el cual no se comprendería cabalmente la trayectoria de la disciplina en el país, sino dar unas puntadas para profundizar en el futuro.

No se trata de hacer un juicio moral, ni menos un ataque personal a connotados colegas, sino de preguntarse en qué quedó la renova-

23. Punto tocado por Bernardo Tovar, en: *La colonia en la historiografía colombiana*, Bogotá, La Carreta, 1984, pp. 148-167, y que amplió en un balance de la obra de Indalecio Liévano Aguirre que será publicado por el Instituto Pensar de la Universidad Javeriana en una obra sobre pensadores colombianos del siglo xx.

ción que prometía la “nueva historia” y cuál es su relación con los poderes macro y micro de nuestra sociedad. Si sobre lo primero tenemos muchos puntos positivos que señalar, pues gran parte de lo que es hoy la profesión se debe a ella, sobre lo segundo la respuesta es más difícil. En la eventual pérdida de una dimensión crítica ¿no habrá cantos de sirena más poderosos que las modas supuestamente incorporadas por nuestros estudiantes? La pregunta debe resolverse desde un juicioso balance de la historia de la disciplina y de sus más destacados exponentes, en el contexto de la evolución de la intelectualidad en el país.²⁴ Por esa vía llegaríamos a reflexiones similares a las que Gabriel García Márquez postula para el continente:

En América Latina existe una relación especial entre los intelectuales y el poder político. El Estado y los poderes nos necesitan tanto como nos temen. Nos necesitan porque les damos el prestigio de que carecen, y nos temen porque nuestros sentimientos y posturas pueden perjudicarlos [...] No es de extrañar, por tanto —y esto es lo fascinante—, que el Estado procurara seducir tanto a los in-

telectuales. En estas circunstancias, no siempre se puede ser independiente.²⁵

3. Los intentos de silenciar el pasado

Llegamos así a la sección central de esta presentación que gira en torno a los riesgos que afronta la disciplina en un contexto como el colombiano. Me voy a concentrar en dos: el presentismo que permea nuestra sociedad y el cuestionamiento radical a la posibilidad de conocer el pasado.²⁶

25. Citado por Jorge Castañeda, *La utopía desarmada*, Bogotá, Tercer Mundo, 1994, p. 231.

26. Hay otros que no abordo para no alargar esta presentación. Uno de ellos, que hasta ahora se insinúa en el gremio de los historiadores, requiere urgente análisis en nuestro medio. Me refiero al impacto que tendrá para la profesión la era digital que vivimos crecientemente, en especial para la conservación de la memoria del presente. Roy Rosenzweig ha abierto la polémica en el contexto norteamericano. Según él, si bien el uso de la internet democratiza el saber y ahorra costos de edición y almacenamiento, pone desafíos a la práctica del historiador, pues modifica la noción de autenticidad de los documentos y la existencia física de las fuentes. Denuncia que no se está conservando lo que circula por la internet, y si se hace es bajo criterios de la empresa privada. Por eso llama la atención sobre el preocupante contraste entre la abundancia de información actual y el riesgo de su escasez futura, “Scarcity or Abundance? Preserving the Past in a Digital Era”, en: *The American Historical Review* (3), 108, Washington, junio de 2003, pp. 735-762.

24. En forma polémica Marco Palacios hizo algo de este estilo con relación a los economistas, “Saber es poder: el caso de los economistas colombianos”, en: *De populistas, mandarines y violencias*, Bogotá, Planeta, 2001, pp. 99-158.

Por eventos de todos conocidos, hoy en Colombia el gran tema es la guerra interna, pues ya no se habla tanto de la violencia como hace unos años. Es un fenómeno real, pero moldeado por los medios masivos de comunicación, entre otros “aparatos ideológicos” —como antes los designábamos—. Noche tras noche nos acostamos con imágenes de pequeñas poblaciones destruidas, puentes caídos, carros y hasta bicicletas bomba que estallan en las ciudades, torres de energía derribadas, oleoductos y pozos petroleros que arden durante días enteros, amén de innumerables secuestros y masacres. Con justa razón nos podemos preguntar ¿esa es la realidad? Por supuesto que no es toda ella. Cuando hablamos de que la realidad nos es presentada en forma parcial e incompleta, no nos referimos a los piadosos intentos de mostrar acciones de los “buenos” colombianos, como si los actores armados fueran *per se* “malos”. Mucho se habla hoy, siguiendo las teorías del Banco Mundial —ellas sí una peligrosa moda— que reducen la violencia a una economía del crimen asentada en los cultivos ilícitos, con lo que se pretende desconocer todo lo que suene a causas “objetivas” de nuestro conflicto interno.²⁷ Poco se dice

de la profunda inequidad social, del deterioro en la distribución del ingreso, de la ausencia histórica de una reforma agraria, de la seria destrucción del medio ambiente que amenaza la sostenibilidad de nuestra economía, de la precaria y desigual construcción del Estado nacional, de las limitaciones de nuestra democracia, de la ofensiva neoliberal que afecta los grandes servicios sociales como la salud y la educación, del gran vacío que ha dejado en nuestra sociedad el fracaso de una izquierda civilista, de la debilidad organizativa y escasa autonomía de nuestros actores sociales, o del peso de factores culturales y religiosos en la forma como los colombianos dirimimos los conflictos. Para salirle al paso a malentendidos no estoy recabando sobre el manido argumento de los grupos insurgentes por legitimar su acción armada en las carencias estructurales de nuestra sociedad.²⁸ Ni tampoco desconozco la viabilidad financiera que le ha dado a esos grupos la economía del narcotráfico. Pero reducir los actores armados —de izquierda o de derecha— a simples mafias y nuestro conflicto armado a una simple guerra por la droga no es un argumento serio y desconoce nuestra historia.

27. A este respecto véase el ensayo de Jorge Alberto Restrepo para la Fundación Ideas para la Paz, titulado “Análisis económico de los conflictos internos”, octubre de 2001.

28. Este intento de manipulación del pasado ha sido denunciado, entre otros, por Daniel Pecaut, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa Hoy, 2001.

El llamado a traspasar la “realidad” que moldean los medios masivos de comunicación y cultura, es ir más allá de su “discurso” para observar en las diferentes duraciones los contextos de estos textos.²⁹ Es romper con la insularidad que caracteriza a nuestra academia, que nos hace ver como un caso único sobre la faz de la tierra. Lo que postulamos no es una crítica a la historia del presente —mal podríamos hacerla si la practicamos—, sino un rechazo del inmediatismo de los medios masivos de comunicación, y de la falta de distancia espacial y temporal de la que nos habla Carlo Ginzburg.³⁰ El distanciamiento que postulaba el dramaturgo Bertold Brecht no es sólo una técnica teatral, es una actitud básica en el oficio del historiador, si se quiere entender el presente.

Ahora bien, la separación entre el ayer y el hoy ha sido sometida a un radical cuestionamiento, en lo que constituye el otro gran intento de silenciar la comprensión crítica del pasado. Ya en otra ocasión esbozamos los rasgos difusos de lo que se puede llamar el desafío

posmoderno.³¹ Hoy nos interesa destacar su sospecha sobre la posibilidad de conocer el pasado bajo el manto de la crítica a la pretensión de objetividad.

Como señala en forma lúcida el historiador español Miguel Cabrera, lo que se resquebrajó a finales del siglo xx fue la tradicional correspondencia de la ciencia positiva entre realidad y objetividad. La primera no existe más allá del lenguaje. Según él, “Un discurso es una rejilla conceptual de visibilidad, especificación y clasificación mediante el cual los individuos dotan de significado al contexto social y confieren sentido a su relación con él”.³² En palabras más simples, el lenguaje no es reflejo de la realidad sino que la constituye: “Desde la perspectiva de la historia postsocial —uno de los nombres que Cabrera le da al posmodernismo—, el lenguaje no simplemente nombra a los sujetos, sino que los trae a la vida y los hace aparecer”.³³ En forma que no deja de ser irónica se hace eco de la reencarnación del Logos con la que se inicia el evangelio de San Juan: “En el principio existía el Verbo [...] Todo se hizo por él y sin él no existe

29. Según señala Paul Veyne, el “discurso” en el sentido foucaultiano es algo más que palabras, incluye también acciones, *Escribir la historia*, Madrid, Alianza, 1984, p. 213.

30. Carlo Ginzburg, *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*, Barcelona, Península, 2000.

31. De nuevo nos referimos al artículo “¿Es aún posible la búsqueda de la verdad?”, pp. 261-272.

32. Miguel Cabrera, *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Valencia, Frónesis-Cátedra, 2001, p. 51.

33. *Ibid.*, p. 117.

nada de lo que se ha hecho [...] El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros".³⁴

De una manera más secular pero igualmente criticable, el posmodernismo postula la preexistencia del lenguaje sin dar cuenta cabal de su génesis más allá de ubicarlo vagamente entre lo heredado y la realidad social. Y esto lo hace en aras de criticar la tradición logocéntrica occidental que con el lenguaje presente pretendía moldear el pasado.³⁵ Se cae así en un juego discursivo. "Lo que desafía a un discurso", agrega Cabrera, "no es el mundo [real], sino otro discurso".³⁶ Por ello no es extraño que, en palabras de Alun Munslow, la tarea de la llamada historia deconstruccionista no sea la investigación de lo que pasó realmente, "sino el estudio de la información producida por los historiadores".³⁷

34. Versión tomada de *La Biblia latinoamericana*, Madrid, Ediciones Paulinas, 1974, pp. 163-164.

35. Según F. R. Ankersmit el foco del posmodernismo no es lo que ocurrió sino la incongruencia entre "el lenguaje que usamos en el presente para hablar del pasado y el pasado como tal", "Historiography and Postmodernism", en: Keith Jenkins (editor), *The Postmodern History Reader*, Londres, Routledge, 1997, pp. 294-295.

36. Miguel Cabrera, *Op. cit.*, p.73.

37. Alun Munslow, *Deconstructing History*, Londres, Routledge, 1997, p. 2. Esto es complementado por Keith Jenkins al indicar que "no existe un referente (hecho o pasado) fuera de los textos de los historia-

Claro que los teóricos del nuevo paradigma historiográfico se apresuran a señalar que no se trata de revivir un nuevo subjetivismo, una forma de esencialización tan criticable como el objetivismo. De forma imprecisa indican que el pasado existió, pero insisten en que difícilmente lo conoceremos. Aclaran también que la historia no es simple ficción, pues hay referencia a la realidad pasada. Sin embargo, como acota Munslow, "[...] la narración histórica puede explicar el pasado, pero no garantiza que esa explicación sea verdadera".³⁸

Se cae así en el relativismo, puesto que, en el decir de Keith Jenkins, la desmitificación posmoderna "libera al historiador para decir muchas historias igualmente legítimas desde varios puntos de vista".³⁹ Bajo esos supuestos no es extraño que uno de los padres del giro lingüístico, Hayden White proclame que "hay una relatividad inexpugnable en cada representación de los fenómenos históricos".⁴⁰ Por ello, ante quienes niegan la existencia del Holocausto

dores mismos", "Introduction: on Being Open about our Closures" en el libro compilado por él, *The Postmodern History Reader*, p. 20.

38. Alun Munslow, *Op. cit.*, p. 69.

39. Keith Jenkins, *Op. cit.*, p. 20.

40. Hayden White, "Historical Emplotment and the Problem of Truth", en: *Probing the Limits of Representation*, Saul Friedlander (editor), Cambridge, Harvard University, 1992, p. 37.

judío durante la segunda Guerra Mundial, White levanta el juicio de inmoralidad, pero no puede afirmar que esas narraciones sean falsas.⁴¹ Este relativismo es grave, pues si suprimimos la apelación a la verdad ¿qué queda del conocimiento histórico? Parecería que sólo contamos con puras ficciones que manipulan y silencian el pasado, y sin posibilidad de apelación, puesto que todo vale.

Ahora bien, no debe quedar la impresión de que el posmodernismo pretende acabar con la disciplina y arrasarlo con toda memoria del pasado. Su pretensión, por el contrario, es renovar la historia y darle un horizonte teórico y epistemológico acorde con los tiempos que vivimos.⁴² En esta dirección el giro lingüístico retoma los aportes del posestructuralismo en la crítica de los poderes que usan el pasado con

el ropaje de verdad objetiva. También es justo reconocer las denuncias de la historiografía feminista y poscolonial en cuanto a la invisibilización de los actores subalternos hecha no sólo por las escuelas tradicionales sino por nuevas corrientes socioculturales. El silenciamiento de sus voces los lleva a una relectura de las fuentes históricas, para lo cual acuden a las herramientas deconstruccionistas.

En ese paso, algunos saltan del estudio del subalterno como sujeto social a considerarlo como una mera condición discursiva. Parafraseando a Ranahit Guha en la crítica al discurso radical marxista, aquí también se puede expropiar a los sectores subalternos su propia historia para convertirlos en un ideal alejado de su personalidad histórica real.⁴³ De nuevo estamos ante el riesgo de olvidarlos como sujetos históricos y de convertir la crítica de su invisibilidad en un mero asunto de discursos que rebaten a otros discursos.⁴⁴ De allí puede derivarse una

41. Parecería que White ha matizado su relativismo como lo expresa en reciente texto: “[...]el giro lingüístico tal vez no sea la solución para construir una ciencia que cure todos los males de la sociedad, pero al menos nos exige reexaminar la naturaleza de la ciencia que quisiéramos para el estudio de la realidad social y el tipo de objetividad que podemos esperar de ella”, “Afterword”, en: *Beyond the Cultural Turn*, Victoria E. Bonnell y Lynn Hunt (editoras), Berkeley, University of California, 1999, p. 324.

42. Al fin y al cabo, como dice Miguel Cabrera, “[...] toda explicación de las conductas y procesos sociales requiere de un análisis minucioso del proceso de formación histórica de los propios conceptos”, *Op. cit.*, p. 180.

43. Ranahit Guha, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002, p. 81.

44. No es nuestro propósito hacer un balance exhaustivo del poscolonialismo, que está por hacerse en nuestro medio. Sin duda contribuye a renovar la disciplina no sólo al incorporar más actores como sujetos activos y racionales, sino al cuestionar los métodos historiográficos coloniales, nacionalistas y marxistas impregnados de eurocentrismo, Mauro Vega, “Historiografía y poscolonialidad”, en: *Historia y Espacio* (17),

forma de silenciamiento del pasado más sofisticada que la que hemos denunciado porque se hace a nombre de los excluidos. En esto no hay que llamarse a engaños. Como dice un historiador haitiano que escribe precisamente sobre los silencios del pasado, “[...]la ingenuidad es frecuentemente una excusa para quienes ejercen el poder. Para aquellos sobre quienes se ejerce el poder, la ingenuidad es un error”.⁴⁵

4. Los retos del historiador

Ante los riesgos de acallar el pasado para borrarlo del presente no hay más salida que la reconstrucción, lo más verídica posible, de la historia. No llamamos a una reconstrucción “objetiva” porque en eso la crítica del giro lingüístico ha sido incisiva. La apelación a la veracidad significa simple y llanamente que no podemos inventar el pasado.⁴⁶ De-

bemos alimentar nuestra imaginación e incorporar muchos de los interrogantes posmodernos a los relatos de los historiadores, pero sin prescindir de la búsqueda de veracidad en la reconstrucción histórica. En esto nos apoyamos en autores cercanos al giro lingüístico pero distanciados de su relativismo, como Roger Chartier, quien dice: “Si cejamos en buscar la verdad [...] dejamos el campo abierto a todas las formas de falsificación y a todos los fraudes que traicionan el conocimiento y por tanto hieren la memoria”.⁴⁷

Ello exige pensar el pasado como algo diferente del presente. Además del necesario distanciamiento al que ya aludimos es preciso asumir la discontinuidad del tiempo histórico. Razón tenía Louis Althusser al señalar que “sólo es posible dar un contenido al concepto de tiempo histórico definiéndolo como la forma específica de la existencia de la totalidad social considerada”.⁴⁸ En

(17), Cali, enero-junio de 2001, pp. 69-92. Pero no deja de ofrecer riesgos de una nueva esencialización del subalterno y, sobre todo, de reivindicar una resistencia anclada en una subjetividad atomizada y en reclamos atávicos de comunidad, como señala críticamente Aijaz Ahmad en entrevista aparecida en Santiago Castro, Oscar Guardiola y Carmen Millán (editores), *Pensar (en) los intersticios*, Bogotá, Ceja, 1999, pp. 121-124. Como ocurre con el posmodernismo, el signo político de esta corriente no es claro.

45. Michel-Rolph Trouillot, *Op. cit.*, p. xix.

46. Como lo señala Hobsbawm, *Op. cit.*, p. 78.

47. Roger Chartier, *On the Edge of the Cliff: History, Language, and Practices*, Baltimore, The Johns Hopkins University, 1997, p. 27. Algo similar proclama Gabrielle M. Spiegel con su “Lógica social del texto”, en: *The Past as Text*, Baltimore, The Johns Hopkins University, 1997.

48. Louis Althusser, *Para leer el capital*, México, Siglo XXI, p. 119. Cuando aún no despuntaba la crítica poscolonial a la historia universal, el filósofo francés ya la tachaba de ser una ilusión. Estos reconocimientos de la obra de Althusser no significan aceptar su discutible concepción de la disciplina como bien lo denunció E. P. Thompson en *Misericordia de la teoría*, Barcelona, Crítica, 1981.

sus términos, cada modo de producción encerraba una temporalidad propia. En los nuestros, cada pasado debe ser entendido en sus propias coordenadas. Una frase que Hobsbawm ha popularizado resume lo que queremos expresar: “[...]el pasado es otro país diferente en donde se hacen las cosas en forma distinta”.⁴⁹ De ahí que el peor pecado de los historiadores, a su juicio, sea el anacronismo.

Al inicio de esta lección señalábamos que la memoria permitía diferenciar el hoy del ayer. Ella no se debe silenciar por más incómoda que sea para la legitimación de los poderes y para la tranquilidad de quienes pretenden olvidar los traumas. Contra el solipsismo lingüístico y el hiperrealismo del presente debemos continuar investigando sobre el pasado para mantener viva la memoria. Acallarla es prácticamente arrancarnos la piel. Y es además un ejercicio vano como lo recuerda Gabrielle Spiegel a propósito del Holocausto: si hoy no confrontamos el pasado, éste, como todas las cosas reprimidas, retornará para perseguirnos por el resto de nuestros días.⁵⁰ A este respecto

señala Peter Burke que los vencedores no necesitan recordar, los vencidos en cambio no pueden darse el lujo de olvidar.⁵¹ A su turno, Hobsbawm, hablando de su experiencia personal, dice que la derrota puede ser un buen comienzo para una fructífera explicación del pasado: “En el corto plazo la historia puede ser hecha por los vencedores. En el largo plazo las ganancias en la comprensión histórica han venido de los derrotados”.⁵²

En el caso colombiano cada vez que se vislumbra la desmovilización de un actor armado surgen propuestas de “borrón y cuenta nueva”. Pero eso no funciona ni acá ni en las sociedades que viven el posconflicto armado, como muestra lo que ha ocurrido recientemente en el cono sur. Sin castigo a los culpables y sin reconocimiento del daño ocasionado, lo que implica reparación a las víctimas, difícilmente podrá haber perdón. Otra cosa es el olvido, que, en términos históricos, no debe producirse. En condiciones como las nuestras, recordar podrá ser incómodo pero necesario si queremos construir la sociedad que nos merecemos.

Qué mejor espacio y momento que aquí y ahora para evocar el lega-

49. Eric Hobsbawm, *On History*, Nueva York, The New Press, 1997, p. 233. De alguna forma retoma lo tocado por Lowenthal, cuyo libro se puede traducir precisamente como: *El pasado es un país forastero...*

50. Gabrielle M. Spiegel, *Op. cit.*, pp. 42-43.

51. Peter Burke, *Op. cit.*, p. 54.

52. Eric Hobsbawm, *On History*, *Op. cit.*, p. 240. Así lo reitera en su reciente autobiografía, *Años interesantes: una vida en el siglo xx*, Barcelona, Crítica, 2002.

do de Luis Antonio Restrepo Arango. Como lo recuerda Jorge Márquez Valderrama, Toño “trabajó incansablemente contra otra muerte que podemos asimilar al cáncer biológico como es el cáncer cultural o el olvido”. Por ello, “no se cansó de denunciar los peligros de un rasgo que se ha vuelto otra característica estructural de la colombianidad: la facilidad con la que olvidamos colectivamente lo más terrible y lo más sublime de nosotros mismos”.⁵³ Su permanente actitud crítica nos sirve de ejemplo para, en palabras de Luis Javier Ortiz, “crear nuevas formas de pensar la historia y con ello, la vida en sus múltiples dimensiones”.⁵⁴

Con el fin de no caer en el cáncer social del olvido debemos renovar la profesión produciendo conocimiento sobre el pasado que sea crítico de los poderes macro y micro de nuestra sociedad, incluidos los que se mueven en el gremio de los historiadores.⁵⁵ Debe ser un cono-

53. Jorge Márquez Valderrama, “Incertidumbre, olvido e historia”, en: *Historia y Sociedad* (9), Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2003, pp. 21-22.

54. Luis Javier Ortiz, “Luis Antonio Restrepo Arango. Maestro, humanista y pensador”, en: *Historia y Sociedad* (9) Medellín, Universidad Nacional de Colombia, 2003, p. 11.

55. Tema sobre el que recaba Harvey J. Kaye en sus recientes libros: *The Powers of the Past*, Mineapolis, University of Minnesota, 1991, y *Why Do Ruling Classes Fear History?*, Nueva York, St. Martin's Griffin, 1997.

cimiento que no responda a la utilidad instrumental del costo beneficio, y que pueda ser impertinente en el mejor sentido de la palabra. Todo ello con el fin de proyectarnos hacia un futuro mejor, pues como dice Marc Bloch:

[...] siempre nos parecerá que una ciencia tiene algo de incompleto si no nos ayuda, tarde o temprano, a vivir mejor. Y cómo no pensar esto aún más vivamente cuando nos referimos a la historia que, según se cree, está destinada a trabajar en provecho de la humanidad, ya que tiene como tema de estudio al hombre y sus actos.⁵⁶

Hoy más que nunca necesitamos una dimensión utópica en nuestro oficio, tanto como historiadores como en calidad de ciudadanos comunes y corrientes. Con mucho acierto Bernardo Tovar nos recuerda:

Ante los discursos que predicán la muerte de la utopía, o el fin de la historia, frente al declive de las esperanzas y la angustia que causa el exceso de crisis en el que viven sociedades como la colombiana, donde el dato de la vida es borrado con extrema facilidad y frialdad, resulta imperativo volver los ojos hacia el esfuerzo utópico para

56. Marc Bloch, *Introducción a la historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1992, p. 14.

introducir un poco de luz en nuestro laberinto.⁵⁷

Se trata de una utopía desencantada, distante de los totalitarismos y abierta a la sospecha y a la duda, pero que alimenta los sueños que afortunadamente conservamos sobre una Colombia mejor. Es, en síntesis, una utopía cimentada sobre la memoria y el conocimiento, lo más verídico posible, del pasado. A su modo esto fue lo que pensó y prac-

ticó Toño Restrepo, a quien le podríamos aplicar la sentencia con la que culminaba su ensayo sobre Althusser:

“[...] en lo fundamental dedicó su vida a la lucha por un mundo mejor y en esto no se equivocó, pues, ahora más que nunca es necesario afirmar que no podemos abandonar toda esperanza de una vida cualitativamente superior.”⁵⁸

57. Bernardo Tovar, “Sobre historia y utopía”, *Trans* (0), Bogotá, abril de 2000, p. 182.

58. Antonio Restrepo A., *Pensar la historia*, Medellín, Ediciones Stendhal, 2000, p. 227.